



«El regreso de Perón parece sometido a varias condiciones, que deben ser las que se están negociando ahora en Madrid». Entre los que han venido, José Ricci, secretario general de la Confederación General de Trabajo (C. G. T.), de signo peronista.

heredaron el vacío económico que había dejado, lo asumieron y se hicieron responsables de él, mientras el general partía al exilio con una leyenda: la de que durante los diez —casi— años de su régimen, el proletariado había sido más feliz que nunca y que el regreso al dominio oligárquico, de las castas superiores, había cortado todos los avances sociales.

ESTA leyenda vive aún en la República Argentina. Desde 1955 hasta estos decisivos momentos en que se está tratando del regreso del general, la memoria del gran ausente, la evocación de Eva Duarte —se busca su cadáver embalsamado, oculto en una maniobra truculenta para evitar el culto enfervescido: los peronistas llegaron incluso a pedir al Vaticano su beatificación— ha dominado la política argentina. Sobre todo, porque esta leyenda está basada en una realidad, como es la organización sindical, la C. G. T. Presidentes civiles y militares, golpes y contragolpes, no han conseguido borrar esta huella profunda. La contraleyenda organizada en la Argentina no ha dado resultado. En estos quince años, el nombre público del general Perón ha ido acompañado de denuestos. Tiene dos causas pendientes, una abierta por los militares dominantes, que le acusan de alta traición, y otra civil, por corrupción de menores (a la muerte de Eva Duarte, Perón vivió con una niña de trece o catorce años, Nérida Rivas, y según se dice con otras muchas menores; a él se atribuye la frase, luego chiste popular, de «No soy supersticioso» cuando alguien le reprochaba el concubinato con una niña de trece años. Los padres de Nérida Rivas fueron instigados a querrelarse, y Perón ha sido condenado en rebeldía por ese delito, grave en la puritana Argentina).

LOS sindicatos peronistas no son enteramente peronistas. Han servido de base a la introducción de las varias clases de marxismo —comunismo ortodoxo, guevarismo, trotskismo...— que existen en la clase obrera. Las guerrillas, los secuestros, los actos de terrorismo, tienen en Argentina menos importancia que en otros países latinoamericanos, porque las huelgas obreras, las manifestaciones y las ocupaciones de fábricas —principalmente en Córdoba, donde están las principales industrias— son las que dirigen la acción política. Estas presiones populares han llegado a una situación que parece un desenlace: la presidencia del general Lanusse y la promesa de éste de un «regreso a la democracia» mediante el «desbloqueo» de la figura de Perón y la celebración de unas elecciones generales hacia 1973 ó 1974. Es decir, en una fecha en la que Perón tendrá setenta y ocho o setenta y nueve años. La aparición de este movimiento es la de una «digestión» del peronismo: si el fenómeno es demasiado fuerte como para que las oligarquías puedan luchar contra él, como se ha visto en estos últimos quince años, tratará de asimilarlo. Por eso el regreso de Perón parece sometido a varias condiciones, que deben ser las que se están negociando ahora en Madrid. Puede suponerse que la idea de Lanusse y quienes le rodean es que el regreso del general Perón y la devolución del cadáver de Eva pueden contribuir a la disolución de la leyenda y que las divisiones de la oposición van a acentuarse. Pero es una jugada arriesgadísima. Nadie puede garantizar que el regreso de Perón a la Argentina no sea el origen de unas grandes manifestaciones populares que le sitúen en el poder, que provoquen un cambio de régimen violento. Perón debería comprometerse, desde Madrid —donde no hace ninguna declaración para no violar su «status» de refugio político—, a que esto no suceda así, pero él mismo no debe estar muy seguro de ello. Por otra parte, el regreso sin revolución significaría que aprueba las medidas de democratización que se suponen iniciadas en el país. Supondría un apoyo a Lanusse. El dilema ante el que se encuentra el general Perón es grave. Su regreso puede significar una revolución, sin ninguna garantía de que pudiera ganarla, o bien la aceptación de la «democracia a plazos» del general Lanusse, en la que podría disolverse su leyenda en la espera de un par de años. Pero si no regresa ahora, daría la sensación de abandonar a sus fieles en un momento decisivo, de abandonar una lucha cuya expectativa ha mantenido durante mucho tiempo.

¿POR QUE SE HA LIBERADO A CALLEY?

NIXON QUERIA EVITAR A TODA COSTA QUE SE ACUSASE A LOS CULPABLES DE ARRIBA

CUALQUIER cosa antes que un acuerdo con los comunistas, cualquier cosa antes que el gesto que abriría las puertas de la paz, cualquier cosa menos fijar de una vez una fecha límite para la evacuación de Indochina. Tal es el sentido del discurso pronunciado el miércoles 7 de abril por el Presidente Nixon. Lo importante no es que haya anunciado una ligera aceleración del ritmo de repatriaciones (que pasarán de 12.500 a 14.000 mensualmente, lo que hará que, a finales del presente año, el cuerpo expedicionario norteamericano se vea reducido a 200.000 hombres) ni siquiera que haya creído conveniente anunciar que este gesto se veía posibilitado por el «éxito» de la invasión de Laos.

Lo que importa es que la serie de desastres militares y morales que acaban de sufrir los responsables de la guerra —Laos, el abandono de Khe Sanh, la destrucción de la base Mary Ann— no parece haberles servido de lección. Lo importante es que Richard Nixon, después de haber lanzado el más extenso programa de «pacificación» de toda la guerra (mil millones de dólares en seis meses para levantar en armas a cuatro millones de sudvietnamitas y liquidar a catorce mil vietcongs), ahora rechaza lo que cada vez aparece con mayor evidencia como condición para la suspensión de los combates y para una conclusión negociada de la guerra.

El discurso de Nixon es tanto más sorprendente cuanto que está a sólo dos días de distancia de la conferencia de prensa pronunciada en Washington por el senador Vance Hartke. Este parlamentario había interrogado en París a los principales delegados del frente y de Hanoi en las negociaciones de la avenida Kleber y no hizo en la conferencia más que contar lo que le habían contestado, a saber que el día en que se fijase una fecha aceptable para la total retirada de las tropas norteamericanas, los dirigentes revolucionarios ordenarían el fin de los combates y discutirían la liberación de los prisioneros.

Así, este liberal de tipo kennediano había refutado de antemano el argumento principal de Nixon, según el cual, al anunciar el fin de su compromiso en el Vietnam, los americanos se privarían de un medio de presión para conseguir la liberación de sus soldados prisioneros. Ahora bien, esta liberación puede obtenerla «por las buenas», y ellos se niegan obstinadamente. Esto es típico del modo de pensar del actual equipo de la Casa Blanca. Ni hablar de negociaciones, de diálogo, de intercambio. Lo único que importa, hoy como ayer, es conseguir de los vietnamitas una capitulación y una renuncia formal a su derecho a disponer libremente de su propio país, para un día proceder a su reunificación.



La base de Khe Sanh, abandonada como consecuencia del fracaso de las operaciones en Laos. Ya había sido abandonada una primera vez, y luego fue puesta de nuevo en servicio para servir de apoyo en estas últimas operaciones.

¿POR QUE SE HA LIBERADO A CALLEY?

«UN DESASTRE»

Poco importa que continúen presos unos hombres a favor de los cuales el poder americano organiza una semana de angustias; poco importa que miles y miles de jóvenes americanos sufran, en esta guerra interminable, una desmoralización cada vez más profunda; poco importa que la cifra de bajas llegue, en la provincia de Quang Tin, a alcanzar las cotas a que se llegó en 1968: sólo cuenta una cosa: obligar a los comunistas a la humillación.

De seguir las cosas en Indochina como hasta ahora, los americanos no parece que vayan a conseguir su objetivo; las «victorias» que podrían inspirar la elocuencia de Nixon no se diferencian demasiado de la de Laos. ¿Es verdad que la base de Mary Ann, en el Quang Tin, sufrió lo que el «Newsweek» califica de «desastre» sólo porque dos centinelas estaban distraídos fumando marihuana? ¿Y que la base de Khe Sanh tuvo que ser evacuada porque las unidades que huyeron de Laos no quisieron batirse por sus aliados americanos (como hacía en 1968)? ¿Y que la «ruta de la amistad americana» es cortada dos veces por semana por los guerrilleros, y Kompong Thiam está continuamente bajo el fuego de los morteros comunistas debido a que en Camboya aumenta sin cesar el número de los que se unen a los «khmers rojos»? Ninguna de estas «victorias» justifica el tono glorioso del discurso de Nixon.

Y, menos aún, el «asunto Calley», precariamente solucionado por la increíble decisión adoptada por el Presidente: liberar al asesino de veintidós personas, condenado por un Tribunal tras la más minuciosa de las encuestas, seguida de un proceso público, con la consiguiente humillación para la jerarquía militar.

Son varias las razones que pueden haber movido a Nixon a obrar como lo ha hecho. La primera es sencillamente de orden estratégico, de estrategia política o, más exactamente, electoral: tan pronto como se conoció el veredicto, el viejo Sur racista se levantó en defensa del «héroe» de Song My. Entre los hombres que más protestaron en contra del veredicto están, naturalmente, George Wallace y Lester Maddox, para quienes la matanza de más de un centenar de vietnamitas es un problema de desratización y no tiene mayor importancia que el ahorcamiento de un ladrón de gallinas negro. Nixon, que no puede permitirse el perder un solo voto de la derecha, no podía abandonar al hombre que había provocado aquella reacción. Tenía que «recuperar» a Calley.

MAS VALE UN ESCANDALO

Pero, al liberar al asesino, el Presidente obedecía, en realidad, a móviles más profundos. El juicio de Calley no debía ser más que la primera etapa de un proceso que, de haber remontado la escala de responsabilidades, habría honrado a América. Después de Calley

debían ser juzgados los capitanes Medina y Kotouc y el coronel Henderson. ¿Se habría librado el general Koster, comandante de la división «América», que sobrevoló el pueblo en helicóptero mientras se producía la matanza? El juicio del siniestro y ridículo Calley no era una operación «chivo expiatorio», sino más bien el principio de una vasta operación jurídica que habría tenido seguramente terribles consecuencias para mucha gente de la Administración. Humillando al poder judicial, Nixon ha barrido de un codazo todos los peones del tablero. Más vale un escándalo sonado que un proceso lento, pero seguro, en su camino ascendente.

La movilización puede valer la pena a corto plazo. A más largo plazo, el slogan «No más culpable que cualquier otro!» se transformará en «¿Quién está libre de culpa?». Liberar a Calley es (según expresión de Anna Harendt) «banalizar el mal». Y este escarnio de la justicia hace que los órganos de información se conviertan en tribunales, o den libre curso al cinismo.

CIVILES PREFERENTEMENTE

Los que recusan al Tribunal de Fort Benning parecen querer insinuar, como Joseph Alsop, que todo vietnamita de más de cinco años es un enemigo en potencia. Es, pues, conveniente y justo matar a los niños de más de cinco años. Esto clarifica algo el debate, aunque mucho menos que las declaraciones de una tal señora Julian Peck, residente en Mónaco, en la sección de lectores del «Herald Tribune» de fecha 5 de abril. Decía, textualmente, la señora Peck: «Si la ley norteamericana autoriza el aborto, ¿es razonable lloriquear por que se ha matado a unos niños?».

Así, poco a poco, la verdad va saliendo a flote. Cuando, hace cuatro años, una comisión de juristas tan poco «sospechosos» de izquierdismo como su presidente, el senador belga Henri Rollin, se atrevió a afirmar, de regreso de Hanoi, que los bombardeos de Vietnam del Norte apuntaban preferentemente a objetivos civiles, ciertos periódicos franceses que reprodujeron aquellas afirmaciones fueron acusados de ser agentes del complot comunista de Pekín. Ahora, en un artículo del «New York Times», el periodista Neil Sheehan demuestra la existencia de una contradicción absoluta entre el propósito inicial de la campaña norteamericana y lo que hacen diariamente unas tropas cuya misión fundamental es la de «devastar» (waste) el Vietnam, para realizar lo que propone Samuel Huntington, Jr., profesor de Harvard: «La urbanización acelerada de Vietnam (arrazando sus campos) es la primera condición de la modernización...».

Y Sheehan recuerda que la acción más vivamente condenada por el Reglamento militar en vigor en el Ejército norteamericano, el bombardeo terrestre o aéreo de hospitales es una operación de rutina para las tropas americanas que luchan en Vietnam. ■ JEAN LACOUTURE.

La Capilla siXtina

LA EPICA

«La épica es imprescindible en la historia general y en la historia cotidiana de los pueblos». Esta frase, atribuida con escasa razón a Marco Antonio Alfonso de los Arroyos, ha significado en España la exaltación a los altares del Cid Campeador y de Pichichi. El Cid dura siempre, es un mito épico para toda la vida. Pero los mitos cotidianos se desgastan, necesitan periódica renovación. ¿Qué dice Pichichi hoy día a las generaciones de españoles que no hicieron la guerra civil? Incluso, ¿qué dice el nombre de Pichichi a los que la hicieron? Desde Pichichi ha llovido mucho y el mito épico cotidiano ha sido sustituido por una ristra de héroes individuales o por equipos que nos han ayudado a sobrevivir emocionalmente por encima de una historia, todo hay que decirlo, bastante mediocre. Repasaba el otro día yo los mitos épicos cotidianos que estaban en el candelero y de pronto me detuve angustiado frente al embarcadero del Retiro. No tenemos ninguno. Nos hemos quedado sin héroes representativos de un talante nacional al parecer sin par.

Hagamos un examen de conciencia.

Primero fue Zarra y su circunstancia. Después fue el Real Madrid. Después, Manolo Santana. A continuación, Urtain. Después de Urtain, nada, nada, nada. Hay un larvario esperanzador, pero sólo hasta cierto punto: Conchita Puig es irregular en sus victorias; Santiago Esteve podría heredar el sítil de Urtain, pero los deportes acuáticos, no sabemos por qué, crean héroes anfibios, que las gentes de tierra adentro no acaban de aceptar plenamente. Después del Real Madrid, ningún otro equipo ha merecido la investidura oficial, porque es muy delicado investir sin garantías de que se hará honor de esa investidura.

Ni en boxeo, ni en ciclismo, ni en tenis, ni en fútbol veo la herencia épica garantizada. Tal vez en el terreno de la canción. Pero también allí es muy difícil. Julio Iglesias parece algo abúlico. Karina es demasiado bajita. ¿Raphael? Pero es que en el terreno de la canción las victorias están limitadas por el instrumental lingüístico. ¿Cómo puede medirse una victoria de Raphael en castellano sobre Tom Jones en inglés? ¿Qué importancia tienen las victorias que no pueden medirse?

Tampoco en el terreno de las señoras que están bien mejor la cosa. Hoy día se llevan las ingle-

sas; las españolas, no tanto. El mito de «las mujeres de España» ha quedado reducido al consumo interior. El último intento de internacionalización fue Teresa Gimpera, pero fue la suya una promoción sin calor y sin demasiado entusiasmo por parte de la encausada. ¿Revival Carmen Sevilla? Según el «Anuario del Cine Español», Carmen Sevilla nació en 1930. Lleva bastante bien los cuarenta largos años, pero no tiene edad de salir a competir por esos mundos de Dios y el diablo.

¿Científicos?

No tienen el poder de arrastrar a las masas si no son científicos aplicados a especialidades de película: cáncer, corazón, etcétera, etcétera. Lo que estaría bien es que de pronto un médico español descubriera el remedio contra el cáncer y que otro inventara el sistema de hacer trasplantes de corazón de palomo al ser humano. Pero no caerá esa breva.

¿Toreros?

Pues los hay muy buenos. Pero ninguno tiene el gancho de los héroes dominicales de otros tiempos. ¿Qué ha pasado? O asistimos a una extinción del «genio de la raza», o asistimos a un cansancio oficial en la promoción de «genios de la raza», o asistimos a un desinterés popular por el «genio de la raza». Está cansada España de los «shows» de Celtiberia, es evidente. Hay como una tregua de majadería sólo rota aquí y allá por gentes tan adictas al retraso mental como al histórico.

Por una vez, el «relax» puede ser el punto inicial de una historia normal o tal vez sólo sea un descanso de escalera para tomar aliento y lanzarse nuevamente a la conquista del rascacielos de lo típico, lo castizo, lo diferente. Se acerca una prueba definitiva: el partido de fútbol de selecciones nacionales entre España y la URSS. Yo le pediría a Gárate que marque todos los goles que quiera, pero con el pie. Como se le ocurra lanzarse en plancha y marcar un gol de cabeza, tendríamos Pichichi para otros cuarenta años. Y como marquen goles Rexach, Uriarte y Pirri corremos el riesgo de que no se revise el centralismo administrativo en otros cuarenta años. Como decía Marco Antonio Alfonso de los Arroyos en sus noches más afortunadas: «La única batalla épica real en este país sería conseguir una cierta adecuación entre la política y la evidencia».

SIXTO CAMARA